

LA MEDIACIÓN Y LOS MAYORES

Uno de los ejes temáticos propuestos en el vigésimo aniversario del Año Internacional de la Familia es la solidaridad intergeneracional, un ámbito que está adquiriendo una creciente importancia debido al fuerte incremento de la proporción de personas de edad en la población y la necesidad de respetar los derechos humanos y la dignidad de este colectivo.

Si a esto se le añaden investigaciones recientes que indican cómo la forma de percibir la vejez y la propia autopercepción de los adultos mayores, tienen un gran impacto en el funcionamiento de las variables cognitivas, socioafectivas y físicas

necesarias para tener una buena calidad de vida hasta el fin de la misma, llegamos a la conclusión de que, además de las ayudas dirigidas a paliar las deficiencias físicas de los mayores, son necesarias otras que fomenten la seguridad personal, eleven la autoestima y garanticen la capacidad de autodeterminación de las personas con independencia de la edad.

La Fundación ATYME quiere contribuir a cambiar el paradigma de ser mayor, promoviendo una valoración de los mayores de forma distinta al

antiguo concepto de utilidad social asociando la vejez con la ausencia de valía, entendiendo que el proceso de envejecimiento es una oportunidad que interesa aprovechar.

El hecho de vivir más y mejor ha dado lugar a un nuevo escenario familiar, un escenario donde surgen conflictos ocasionados por la convivencia entre generaciones distintas, con valores e intereses diferentes y que ponen en peligro la armonía familiar.

Trinidad Bernal Samper
Directora de los Programas de mediación

INDICE

Pag. 2 LOS HIJOS, LOS PADRES Y EL FÁTUM

Pag. 5 BUEN Y MAL TRATO EN LA EDAD MAYOR

Pag. 7 UNA REVOLUCIÓN EN LA ECONOMÍA: EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

Pag. 13 SER MAYOR EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Número 18 Año 2014

LOS HIJOS, LOS PADRES Y EL FÁTUM

Una de las penalidades del destierro de nuestra niñez, de la expulsión de ese mundo redondo, diáfano, lleno de certidumbre moral y aparentemente eterno, es que tus padres envejecen y mueren.

Mi padre vivió intensamente hasta su muerte, que le sorprendió en la playa, cerca del lugar en que me enseñó a buscar un manantial escondido en la arena. Mi madre, en cambio, se fue apagando lentamente. Tras la muerte de mi padre ella siguió custodiando, durante más de diez años, las remotas ruinas de mi infancia. Era la única y última persona en el mundo que aún podía verme como un niño de siete años. Seguía, como entonces, recomendándome que me pusiera la chaqueta para salir o que me comiera la sopa, y se empeñaba en advertirme de peligros que sólo una madre puede imaginar. Pero su cuerpo se hacía cada vez más frágil y un mal día, al volver a casa, nos la encontramos en el suelo, con la cadera rota. Dislocada, a medio camino entre la cocina y el salón, intentó, en vano, impedir que su niño de siete años se asustara diciéndome con un hilo de voz “no te preocupes hijo, no estoy muerta ni nada”.

Hay un antes y un después del día en que tus padres caen al suelo. El suelo es una referencia importante cuando eres pequeño, es el lugar en el que juegas o con el que te haces daño, pero no es lugar para los padres. Cuando un padre cae al suelo es como si el mundo se pusiera cabeza abajo.

El cataclismo afecta a toda la familia. Hijas e hijos tienen que enfrentarse a la misma situación: papá o mamá está en el suelo, el lugar que creíamos definitivamente superado en nuestra vida,

un lugar sólo propio de niños. La personalidad de cada cual dicta distintas reacciones que los psicólogos llaman de “afrontamiento”. Unos niegan, otros dramatizan, algunos llegan paulatinamente a deshumanizar a sus padres, convirtiéndolos en objetos. No es infrecuente ver a unos hijos decidir por sus padres en su presencia, sin preguntarles su opinión y hablando de ellos en tercera persona.

Es muy difícil para un hijo comprender que un padre, cuando empieza a desplomarse, no se convierte, aunque esté más cerca del suelo, en un niño. Aunque ya no es aquel gigante que nos acercaba al cielo, aunque el mundo parezca haberse dado la vuelta, no es un niño.

Después de su caída, mi madre pasó algunas temporadas en distintos hospitales. Si los hospitales son duros en general, lo son más aun cuando sabes que el paciente no puede salir definitivamente curado, ni siquiera aliviado; tan sólo con un indulto precario. Un hospital lleno de ancianos es un escaparate de las distintas formas en que las familias se enfrentan a la fatalidad. En dos casos y dos hospitales distintos, las vecinas de mi madre eran dos ancianas. Una de ellas era una campesina que recolectaba, en un tono aparentemente jocoso, todas las penalidades de quien empezó a pastorear vacas muy niña. La otra era una señora de clase media, viuda de un comerciante.

Los familiares de la primera, rocosos y tímidos, venían pocas veces al hospital pero cuando lo hacían, vestidos de domingo, conversaban con la anciana de la misma forma en la que los pastores hablan a sus animales y los niños a sus juguetes. En monólogos aparentemente absurdos, sin preguntas y respuestas, pero claramente trenzados por vínculos de afecto. Allí estaba la buena mujer hablando de la romería del año 49 mientras su hijo, un hombre grande con una pierna partida, parecía dar por sentado, con el talante que



da vivir en comunión forzada con animales y plantas, que la descripción de la romería del 49 era la respuesta esperable a su pregunta de si había comido bien.

Los familiares de la segunda anciana habían delegado su cuidado en una empleada. Al llegar al hospital se enfrascaban en una conversación



sobre asuntos inaplazables con la cuidadora. Mientras tanto la anciana, tumbada en la cama, estaba y era mantenida al margen, como un objeto inevitable pero invisible que obliga a tener una relación laboral con una extraña en un lugar inapropiado.

En los dos casos podía detectarse que las familias se habían enfrentado al mismo problema. El mundo se había puesto del revés y la madre ahora estaba abajo. Las familias habían sufrido una metamorfosis y los hijos dejaban de ser hijos/hijos para convertirse en hijos/pastores o hijos/empresarios, integrando en el nuevo rol herramientas nunca vistas en su relación previa con sus madres. Echaban mano de hábitos o competencias adquiridas en el mundo exterior, para hacer de lo que mejor sabían hacer cuando ya no podían hacer de hijos. Los unos esperar, vestidos de fiesta, a que la naturaleza hiciera su trabajo. Los otros envolver a su madre en una trama comercial para convertirla en mercancía y gestionar, lo menos dolorosamente posible, la última y más definitiva transacción.

Detrás de soluciones tan distintas hay un proceso psicológico similar y con parecidas consecuencias: el paso de una relación idealizada de afecto incondicional a una relación “realista” cuyo afecto está condicionado por pactos. Melvin Lerner, el psicólogo que fundó la psicología social de la jus-

ticia, incluye en su último libro (Justice and Self Interest) un capítulo dedicado exclusivamente a describir lo que pasa a los hijos que se enfrentan a la vejez de sus padres.

¿Qué suelen sentir los hijos en ese momento? Una primera reacción es de frustración. Los padres ya no van a poder, aunque quieran, seguir tratándonos como a los niños que siguen viendo en nosotros. Algunos hijos no son capaces de superar esa frustración y tienden a culpar a sus padres de lo que no es culpa de nadie. Restauran la necesidad psicológica de creer que el mundo es justo haciendo al anciano responsable de su vejez.

Esa rabia minoritaria contrasta con la respuesta más común que sustituye la frustración por compasión, una compasión que surge de los vínculos profundos de “consanguineidad psicológica”, por decirlo así, que caracterizan a las familias. Una familia, a pesar de sus conflictos, se percibe como un ser unitario en ciertos momentos: si ofendes a mi madre me ofendes a mí, si algo daña a mí padre me hace daño a mí. Y de la compasión se pasa a la solidaridad. Todos o casi todos desean ayudar y cuidar al padre caído.

Pero la compasión y sus planes consiguientes, se enfrentan pronto a otras realidades. Hay hijos que, a su vez, tienen hijos. Hijos más ricos e hijos más pobres. Hijos que viven cerca de sus padres e hijos que viven lejos. Hijos e hijas con distintas obligaciones. Y el plan empieza a quebrarse.

Paulatinamente, la relación entre los hermanos o familiares va cambiando de escenario. La solidaridad de las familias, la incondicionalidad del afecto va cediendo terreno a las condicionalidad de las relaciones pactadas. El paso del tiempo, la prolongación sin esperanza de la enfermedad ponen sobre la mesa realidades que son cualquier cosa menos redondas, diáfanos, llenas de certidumbre moral o aparentemente eternas. La familia, los últimos vestigios de la niñez de los hijos, se enfrenta al reparto de las contribuciones económicas, de los días y horas de cuidado, de los gastos irre recuperables.

Y los hijos dejan de ser hermanos para convertirse en un grupo de individuos en los que ya nada es incondicional. Se convierten en el mejor de

los casos en un equipo y en el peor en individuos aislados con sus propios intereses que negocian febrilmente con los otros. Aparece el ganadero, el comerciante, el hijo irremediamente adulto que utiliza todas sus habilidades para enfrentarse a unos padres que ya no son la solución de todas las cosas sino un problema fatal.

Esa metamorfosis no permite olvidar el pasado por lo que, con frecuencia, el nuevo marco de relación tiene, como telón de fondo, la añoranza de la vieja relación, la sensación de que no es eso lo que se espera de un hijo a cambio de lo que han hecho por ti tus padres; a la frustración y la rabia se suman, con frecuencia, la culpabilidad o incluso la vergüenza.

Pero la supervivencia de la familia, y del propio anciano, exige asumir la nueva realidad y acordar unas relaciones de intercambio justas que permitan valorar y compensar los esfuerzos de cada uno en el cuidado de los padres.

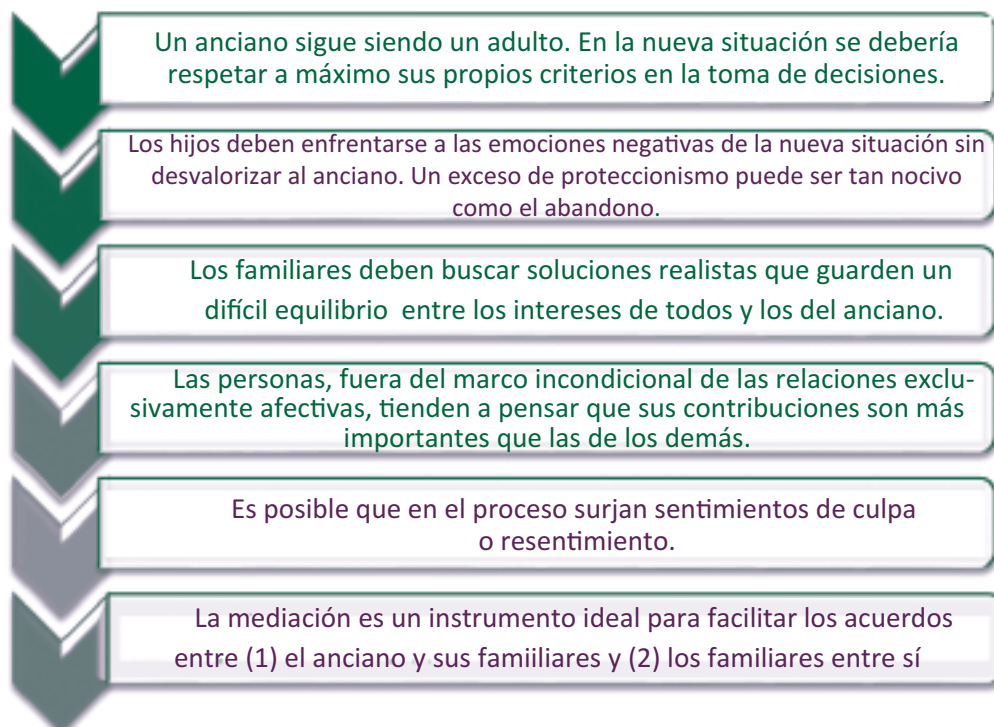
En esa dinámica las familias pueden necesitar ayuda. Idealmente ayuda económica pero también ayuda psicológica. Es preciso que se lleguen a acuerdos que sean percibidos como justos por todas las partes implicadas y se asuman como propios. Y es igualmente preciso que, en ese ajuste, se dé igualmente la palabra al padre o madre objeto de cuidado.

Solo el éxito en este proceso puede permitir que se logre un difícil equilibrio entre las relaciones incondicionales, propias de una familia, y las relaciones equitativas propias de un equipo.

Y esa ayuda, me atrevo a asegurar, debería proceder de un sistema de mediación especializado, que se enfrente a lo que Melvin Lerner llama en su libro la “tragedia americana” pero que, en realidad, es una tragedia universal.

Nadie nos devolverá el mundo de la infancia del que hablaba al comienzo pero podemos enseñar a nuestros hijos una forma decente y justa de abandonarla, empujando la silla de ruedas de nuestros padres. Si no lo queremos hacer por un sentimiento a natural de justicia hagámoslo, al menos, por egoísmo: nuestros hijos nos observan y, aunque no lo sospechen, aprenderán de nosotros qué hacer con los padres cuando caen al suelo.

José Miguel Fernández Dols



BUEN Y MAL TRATO EN LA EDAD MAYOR

Con estas líneas pretendo hacer un replanteamiento de algunas de las ideas previas y creencias que tenemos sobre la vida en la edad mayor y hacer visibles determinadas situaciones que viven las personas mayores y que suponen una desconsideración al derecho a vivir de acuerdo con sus deseos. Aspectos que pueden requerir la intervención mediadora.

Algunas formas de trato hacia las personas de edad están tan arraigadas en lo cotidiano que nos parecen naturales, pero no lo son. Se suelen presentar como actitudes de protección, amor, cuidado, aunque en la práctica suponen prácticas de control y dominación. Incluso cuando la buena voluntad e intención se presuponen. Temas que como veremos requieren negociación y reflexión fundamentalmente por parte de las personas cercanas. Veamos algunos de ellos.

Familiaridad e infantilización. Es difícil comprender porqué al cabo de los años la gente se siente con derecho a tratar a las personas mayores como si las conocieran de toda la vida y a llamarlas 'abuela o abuelo'. La familiaridad sobrevenida y la consideración de que ser mayor supone ser abuela son formas abusivas de relación. Con la gente mayor, además, se utiliza un lenguaje infantilizado lento y simplificado, como si comunicarse y tratar con ellas exigiera retrotraerse a los inicios del lenguaje y del pensamiento. Son formas de relación que no tienen en cuenta la inteligencia y el saber a toda edad.

En nuestra sociedad las personas ancianas pierden las oportunidades de crecimiento intelectual y todo lo que se les propone tiene como

objetivo distraer, entretener, hacer que pase el tiempo hasta que la muerte ponga fin a este estar en el mundo sin sentido. Sin plantearse que el saber es un estímulo potente y la sabiduría de los mayores supone una fuente de enriquecimiento para la comunidad y la familia y que la mejor manera de no caer en la demencia es poder mantener la mente en acción creativa.

Derecho a decidir. Ser agentes de la propia vida significa que a partir de un determinado momento del ciclo vital las personas disponemos de los medios para llevar las riendas de nuestra vida en todos su ámbitos, participando de forma activa en las decisiones que nos atañen. Sin embargo, podemos constatar una forma especial de maltrato en la complicidad de la familia con

otras personas e instancias que impiden que la persona mayor tome por sí misma todas y cada una de las decisiones que se refieren a su vida, su cuerpo, su dinero, su presente y su futuro. No se le informa, pregunta, respeta; probable mente con la mejor de las voluntades, que en ningún momento son excusa para obviar este derecho. Y desde luego habrá que plantear el derecho a 'decidir quién tiene que decidir', sea o no de la familia. Especialmente importante en las nuevas familias de elección que en

los momentos claves son quienes disponen de mayor y mejor información sobre los deseos y necesidades de la persona vinculada.

Derecho a vivir la edad como se quiera. Puede ser que la decisión de vivir la edad mayor —en términos de vestimenta, peinado, relaciones, uso del tiempo libre y personal, vinculación e implicación afectiva y emocional, política, social y ciudadana, por ejemplo— difiera de la imagen esperada de contención y modosidad asignada

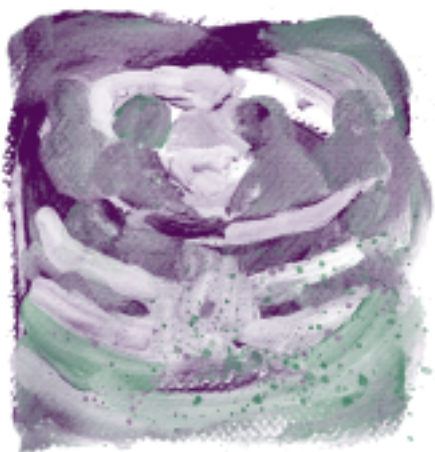


a la vejez. Vivencia externa y vivencia interna que en la práctica pueden chocar con la idea de vejez que tenemos en nuestra mente y generar tensiones con las personas cercanas.

La intimidad suele ser un derecho básico poco respetado en la edad mayor. Por ejemplo, en la necesidad de disponer de un espacio propio en el que organizar los objetos y recuerdos y todo lo que permite disfrutar de un mundo particular; en la libertad para administrar el tiempo, sin tener que dar cuentas de cómo, cuándo, dónde y con quién; en la exigencia de privacidad en la comunicación personal e íntima con quien se desea, sin necesidad de intermediarios; en el respeto al pudor para los asuntos corporales. Destaco, en este sentido, el desdén de la clase médica con la salud y la intimidad corporal, especialmente en las visitas hospitalarias en la que el cuerpo de los mayores se trata como un objeto. Requerimiento también de intimidad para la sexualidad, la sensualidad y la corporalidad íntima, consigo mismo, con la pareja o con otra persona. Necesidad de intimidad espiritual y anímica, si así se desea.

La ética del cuidado familiar.

Las creencias sobre la responsabilidad familiar en el cuidado están en nuestra cultura profundamente enraizadas. Algunas decisiones al respecto se toman partiendo de un criterio moral propio y



otras por obligación y presión filial/paternal. Cuando la salud de una persona mayor muy cercana es excesivamente frágil y hay que dar un paso adelante, se pro-

duce un reto emocionalmente complejo. Se plantea una tensión entre el respeto a la independencia, la voluntad y el deseo de esta persona mayor y la responsabilidad filial. Proteger la independencia y la autonomía de los mayores su-

pone respetar un orden y una continuidad en el tiempo respecto a la forma de relación, especialmente cuando se están produciendo transiciones de gran calado. Sin duda, esta situación genera una tensión que hay que situar en el marco de una ética del cuidado familiar sobre la que queda mucho por elaborar. Cuando se produce un cambio en los roles tradicionales hace falta una negociación entre las dos partes, especialmente cuando se está ante un cambio en la relación de poder.

En el terreno de los cuidados, además, encontramos numerosas creencias que generan conflicto. Se tiene el derecho a cuidar a quien se desea y también a no cuidar a quien la sociedad dictamina que se debería cuidar.

Se tiene el derecho a vincularse a las nietas y nietos y también a no hacerlo. Derecho a no ejercer de abuela o abuelo porque la sangre no llama en este sentido y también derecho a mantener el contacto y la relación con las nietas y nietos cuando se ha producido la separación de los progenitores —otorgando un valor específico a la relación con ell@s, más allá de la estructura familiar intermedia— si así se desea.

Vivir en casa. Algunas negociaciones importantes en la vejez tienen que ver con la posibilidad y el deseo de vivir en la propia casa, sola o acompañada. La casa propia tiene un enorme significado simbólico y emocional. Es un espacio de seguridad y confort físico y afectivo. Las personas mayores desean permanecer en sus casas, donde están orientadas, saben dónde están las cosas y no tienen que ir pidiendo permiso. Prefieren vivir independientes y a ser posible en su casa, aun manteniendo lazos estrechos con los familiares próximos en lo que se denomina una «intimidad a distancia», que permite disfrutar de la familia preservando la propia independencia.

Conviene iluminar algunas situaciones abusivas frecuentes. Por ejemplo cuando las hijas e hijos que ya son mayores siguen viviendo en la casa beneficiándose del dinero, trabajo y cuidados de una madre o padre al que aparentemente cuidan, cuando la realidad confirma que no es esa la dirección del beneficio, al menos durante muchos años.

Aunque en el terreno de la vivienda la peor agresión consiste en convertirse en una madre o padre ambulante, yendo de casa en casa, según conveniencia de las hijas e hijos, perdiendo independencia, autonomía, casa propia, control sobre el dinero, la alimentación, la comunicación, la sexualidad, las relaciones y el espacio vital. Práctica presuntamente amorosa que implica control e invalida poco a poco, siendo origen de una pobreza y dependencia súbitas, cuando se vende la casa y se pasa a vivir para siempre en casa ajena.

Vínculos afectivo/sexuales. La capacidad para la toma de decisiones personales es uno de los espacios de mayor control y menor respeto de los hijos e hijas hacia los progenitores mayores, especialmente cuando se trata de los vínculos afectivosexuales que éstos crean más allá de la pareja inicial. Cuando esto se produce se disparan todas las alarmas y con frecuencia las relaciones se ven alteradas, en función de la actitud de los hijos e hijas. A veces se producen tensiones al no comprender que estas nuevas relaciones pueden facilitar la superación de la pérdida de la pareja y mejorar el conjunto armónico del sistema familiar. En este momento se ponen en marcha temores diversos: el sentimiento de ‘traición’ al amor eterno hacia la pareja, incluso después de muerta; la presunción de intereses turbios por parte de la nueva pareja; temor a la pérdida de disponibilidad de la madre o padre que ahora resulta de tanta utilidad; miedos relativos al dinero, a la vida cotidiana, a la libertad, que se sustentan en la creencia de unos derechos sobre los progenitores que no corresponden a l@s hij@s.

En este terreno habrá mucho que negociar y reflexionar, también con las residencias e instituciones que se convierten en vigilantes represoras de la sexualidad de las personas mayores.

Vejez y dinero. En la edad mayor ha llegado el momento de gastar el dinero acumulado —comprar confort, viajar, poner la calefacción, pagar a alguien que resuelva la intendencia doméstica, comer bien, darse gustos culturales, renovar el vestuario; rodearse de belleza en los

objetos cotidianos, en las relaciones, en la casa—. Todo ello puede suponer, ciertamente, una fuente de conflicto. Con demasiada frecuencia l@s hij@s ejercen un control sospechoso e injustificado sobre el dinero de madres y padres que desean gastarlo a su gusto, criterio y conveniencia.

Todos estos asuntos y otros muchos pueden ser fuente de malestar y conflicto entre la persona mayor y las personas cercanas y requerir un esfuerzo de mediación y equilibrio realizado por personas que hayan reflexionado al respecto, de manera que se evite un nuevo sometimiento de las personas ancianas a la familia y la sociedad.

Anna Freixas Farré.
Gerontóloga y escritora

UNA REVOLUCIÓN EN LA ECONOMÍA: EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

El imparable envejecimiento de la población

Usar el término revolución en el título de este artículo puede parecer enfático, pero a lo largo de las siguientes líneas (si todavía el lector se aviene a continuar) veremos que es apropiado usarlo ateniéndonos al significado que la RAE atribuye como “cambio rápido y profundo”.

Lejos de cualquier exageración, el envejecimiento de la población representa así una revolución que conllevará un cambio radical respecto a la trayectoria histórica. Por primera vez en la historia del hombre, las personas mayores de 64 años serán más numerosas que las menores de 15. Por ejemplo en España el colectivo de personas mayores de 64 años supera ya al de los menores de 15 años desde 2001. Y el 1 de enero de 2014 representaban ya los mayores un 18,2% del total de la población frente a sólo un 15,2% los menores de 15 sin que las proyecciones oficiales de todos los organismos dejen de acentuar esta tendencia en las próximas décadas. El INE vaticina que en 2052 la

población española será más reducida que la actual en un 10% y estará totalmente envejecida pues nada menos que un 37% de la población será mayor de 64 años. Hay que destacar que es un fenómeno universal que no se circunscribe sólo a los países desarrollados.

Todo esto tendrá consecuencias trascendentales sobre la economía pero ¿cuáles son esas consecuencias?

¿Conocemos las consecuencias económicas?

Sabemos que las proyecciones demográficas tienen una gran fiabilidad pues se limitan a anticipar una evolución temporal de las personas que ya han nacido y las cohortes actuales de edad están pre-determinadas. Por tanto se cumplirán sin incertidumbre salvo que

sucedan en el futuro gravísimas calamidades imprevisibles. Sin embargo, los trascendentales efectos inducidos que estas fiables proyecciones demográficas tendrán sobre la economía exigen además tener en cuenta aspectos mucho más complejos que tienen que ver con el comportamiento humano y con el funcionamiento de los mecanismos económicos, lo cual hace que las proyecciones económicas tengan siempre un grado de incertidumbre mayor. Aun así, no podemos dejar de formular predicciones para poder tomar las medidas oportunas, por lo que nos vemos obligados a aventurarnos por el peligroso terreno de la prospectiva...



Horizonte catastrofista en vigor: la visión demográfica

Este panorama demográfico es hoy de sobra conocido aunque en él se suelen resaltar habitualmente las consecuencias económicas más negativas como la falta de sostenibilidad de las finanzas públicas, la inviabilidad financiera de los actuales sistemas de pensiones etc.

Sin embargo, la futura economía caracterizada por una población envejecida no será una mera prolongación de la estructura económica actual sino que tendrá unos perfiles nuevos y distintos que invalidan las negativas conclusiones que se oyen usualmente.

Para entenderlo mejor daremos primero unas nociones básicas de economía generacional y luego enumeraremos algunas de las características de la economía envejecida, por cierto con una visión no tan pesimista.

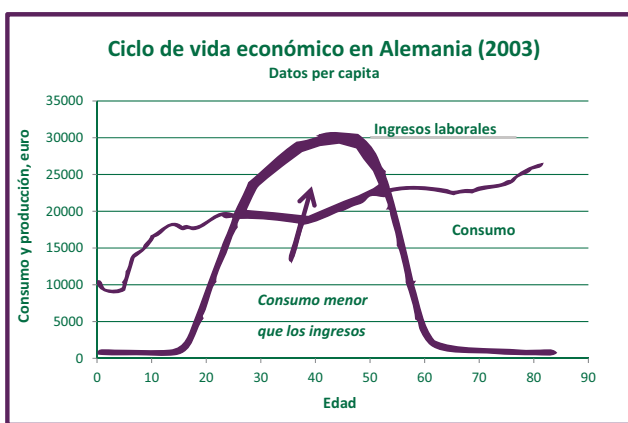
Unas nociones de economía generacional

Dos pinceladas para entender los efectos del envejecimiento en los engranajes de la economía:

1ª.- El ciclo vital: el comportamiento económico individual.- Hoy se acepta (siguiendo al nobel Franco Modigliani) que las decisiones económicas de los individuos están muy determinadas por la etapa vital en que se encuentran dentro de su ciclo vital económico. Así hasta su entrada en actividad (infancia y adolescencia) no disponen de ingresos y su consumo es cubierto por transferencias ajenas (generalmente padres), luego, en su etapa adulta laboral sus ingresos son superiores a su consumo de forma que pueden acumular ahorro para el período de su jubilación (en forma de planes de pensiones, compra de vivienda, adquisición de otros activos reales y financieros) y finalmente, en los últimos años de la vida, de nuevo el consumo es cubierto por el ahorro acumulado y por transferencias públicas o privadas (pensiones). Así el individuo en un período largo (al principio y al final de su

vida) puede consumir más de lo que produce y lo compensa con las etapas en la edad de trabajar en las que produce más de lo que consume. Lo relevante es que estas decisiones, aunque dependen de sus expectativas sobre su propio envejecimiento, están afectando decisivamente a los mecanismos de funcionamiento de toda la economía: ahorro, financiación, productividad, consumo (que es la parte más importante del PIB)...

En el gráfico siguiente puede verse el perfil del ciclo vital de Alemania, comprobando cómo en el período central los ingresos laborales per cápita superan ampliamente al consumo y



permiten sostener el consumo del resto de etapas vitales.

2ª.- “Bono ó dividendo demográfico”: el comportamiento económico de una sociedad.- Si pasamos ya a un punto de vista general, cuál sea la estructura de edades de toda la población será muy importante para la economía pues el comportamiento económico de los individuos va evolucionando a lo largo de su vida, afectando a variables como la productividad, el consumo, el ahorro o la educación.

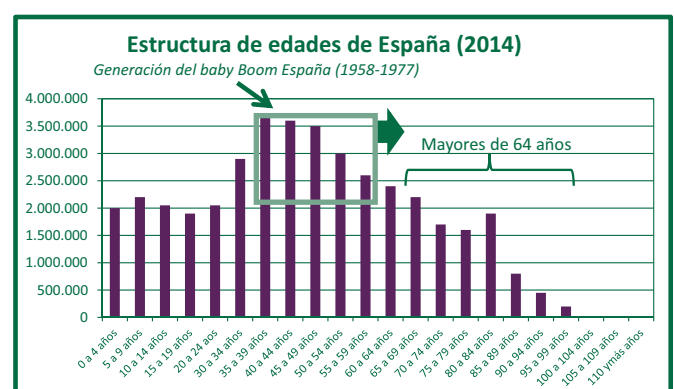
Por ello surge la noción de “bono demográfico” como una situación transitoria en la que la proporción de la población que está en edad de ahorro por tener mayores ingresos predomina sobre la que tiene un exceso relativo de consumo (sobre todo las personas mayores). En esta situación de exceso de recursos, resultarán más viables y efectivas las transferencias intergeneracionales desde los económicamente activos hacia los jubilados (los sistemas de seguridad social), al tiempo que serán financiadas con

más facilidad el resto de necesidades colectivas propias de un estado de bienestar como escuelas para niños, educación ó programas de salud. También mejorarán las finanzas públicas (pues mejoran los recursos por encima de las necesidades) y las finanzas familiares (que además reducen su gasto en educación y manutención de los hijos al ser éstos menos).

En general los cambios en esta estructura de edades de la población de las últimas 4 décadas han sido favorables en numerosos países, según la ONU, debido sobre todo a la reducción de las tasas de natalidad que han supuesto una disminución relativa de la población infantil y una mayor concentración de personas en las franjas de edades económicamente activas, disfrutando las ventajas de este “dividendo” en una mejora del nivel de vida en esas décadas de hasta el 40%.

Durante la primera década del s XXI todavía la estructura de edades ha seguido siendo favorable para la mitad del mundo pero terminará pronto. En España, todavía continúa pues la famosa generación del Baby Boom (la compuesta por los que nacieron entre 1958 y 1977) no ha entrado aún en la jubilación como puede verse en el gráfico. No obstante, a mediados del siglo España será el tercer país más viejo del mundo (tras Japón y Corea del Sur) y además con una población más reducida que la actual.

El problema se plantea cuando desaparece este “bono demográfico”, con sus potenciales ventajas, cosa que irá sucediendo de forma generalizada incluso en los países con poblaciones actuales jóvenes. Según la ONU la clave está no tanto en la longevidad (la esperanza de vida) sino en la baja tasa de fecundidad.



Efectos del envejecimiento.

Las 10 características de una economía envejecida

1. Disociación entre jubilación y vejez.

Tras la industrialización y el progreso técnico, ya no se necesita trabajar tanto para cubrir las necesidades de la comunidad con lo que pierde importancia la completa actividad del adulto. De esta forma el trabajador ya no tiene que llegar al límite de sus posibilidades sino que puede retirarse a “descansar” antes. Esto conlleva derribar la frontera tradicional entre adulto y viejo (cuya divisoria es comúnmente señalizada por la jubilación convencional), iniciándose así un largo período vital, etiquetado genéricamente como de “personas mayores” que se desdobra en dos etapas diferenciadas: una etapa de plena actividad adulta (intelectual, física y emocionalmente, aunque ya sin contribución directa a la economía formal por las exigencias del retiro forzoso en forma de jubilación) que cada vez se estira más por los avances en las condiciones de salud y del consiguiente alargamiento de la esperanza de vida. La otra segunda etapa es la propiamente circunscrita a la vejez, con la aparición de una clara dependencia debida al declive significativo de las condiciones vitales.

2. La actividad económica de las personas mayores.

Pese a la retirada del mercado laboral tras la jubilación, los mayores ejercen una importante actividad económica.

Fuera de la economía de mercado producen dentro de la economía no monetarizada de los hogares servicios para sí mismos y para otras personas llegando a cubrir una parte elevada (hoy ya llegaría a un tercio) de la carga global de cuidados.

Aunque resulte algo más técnico conviene puntualizar que dentro del mercado su aportación contable al PIB proviene de la propiedad de viviendas (son propietarios ya hoy de más de un tercio del parque inmobiliario) y de las rentas derivadas

de sus otros activos reales y financieros como planes de pensiones privados y depósitos.

Ya sin entrar a formar parte del PIB, sus ingresos son en su mayoría (hoy en España el 90%) procedentes de las pensiones, que no son rentas sino transferencias pero que les permiten una gran capacidad de gasto (consumo). Por cierto es sabido que en España estos ingresos por pensiones han ayudado a la estabilidad económica de muchas familias durante la crisis.

3. La tasa de dependencia (relación entre niños y mayores frente a la población en edad de trabajar) es muy baja, en torno a 1, lo que plantea importantes retos para el mantenimiento de la estructura global de gasto de la economía y, en particular, también para las pensiones de los sistemas de seguridad social.

4. El papel de los saldos migratorios.

Los déficits de la población activa tenderán a cubrirse con los saldos migratorios positivos aunque de forma parcial y provisional pues a nivel global los estudios al respecto alertan de que es inviable cuadrar las cifras con las personas necesarias en términos de disponibilidad y cualificación requeridas. En todo caso tendremos sociedades más inter-étnicas, con todas sus implicaciones socioculturales, económicas y de fortaleza competitiva correspondientes.

5. Nuevas oportunidades de negocio

Es habitual enumerar una larga lista de oportunidades de negocio asociadas con las nuevas demandas de una economía envejecida, desde el sector farmacéutico y de salud, pasando por el financiero y llegando al de consumo en el que no hay que olvidar el diseño de todos los productos para que sean accesibles ergonómicamente a un colectivo de tanto peso en la población: artículos más livianos, con aperturas fáciles, con tipografías grandes, fácilmente transportables y con un número de unidades más acorde con su consumo más reducido.

Es muy importante, de todas formas, atender a las advertencias de los expertos de marketing: ojo con ofertar productos sólo para viejos: éstos no los aceptan bien pues se sienten más incluidos en la población general.

6. Rediseño de la estructura productiva...

Con más de 1/3 de la población mayor serán economías con una diferente estructura productiva, comercial y de servicios ya que estas personas tienen otra estructura de gasto con un peso relativo mayor en sanidad, menor en ocio, espectáculos y cultura, muy escaso en hoteles, cafés y restaurantes y casi nulo en enseñanza (aunque éste previsiblemente aumentará dado que uno de los pilares del bienestar futuro de los mayores será el mantener altos niveles de aprendizaje...).

Se modificará la demanda de viviendas, la de servicios de cuidados personales relacionados con la dependencia y con las enfermedades crónicas vinculadas al envejecimiento.

Cambiará la demanda de los servicios de asesoramiento financiero.

Cabe también esperar una disminución del paro consecuente con la menor población relativa en edad de trabajar aunque, por otro lado, esta será una limitación productiva que conllevará una menor tasa de crecimiento potencial de la economía.

7. Desaparición de las fronteras económicas de las “3 edades”...

Actualmente se acepta la clasificación de PRIMERA edad (la juventud, con predominio de la formación), la SEGUNDA (la edad adulta, con predominio del trabajo) y la TERCERA EDAD (destinada al ocio, el descanso del guerrero, la inactividad

como meta de máximo disfrute, cuando paradójicamente hoy sabemos que la inactividad física y mental es lo más nocivo para el envejecimiento). Se llega incluso a hablar también de la CUARTA EDAD, a partir de los 80 años para acotar más la anterior. Como dice Antonio Abellán (del CSIC), habría que pensar en dejar de compartimentar las etapas vitales ya que los años ganados a la muerte (por la

mayor esperanza de vida) se los hemos dado a la juventud (formación) y a la vejez (ocio) pero no a la edad adulta, agravando el problema de la dependencia.

En una economía envejecida la asignación de formación, trabajo y ocio debería ocupar toda la vida, no etapas predeterminadas, de forma que los mayores, actualmente retirados coactivamente de la vida activa, probablemente podrán participar voluntariamente en la economía (sin menoscabo de sus pensiones) y esto serviría también para aliviar los problemas financieros que hemos mencionado en la sostenibilidad del sistema.



8. El colectivo de mayores tiene más formación y, por tanto, está dotado de mejores recursos personales para su participación económica y social: frente a las importantes bolsas de analfabetismo y población sin estudios que todavía hoy quedan entre los mayores actuales, en el futuro accederán a la edad personas de mayor cultura, con conocimientos tecnológicos que reduzcan la brecha digital (es sólo anecdótico que hoy hayan aprendido a usar internet pues las ventajas del ordenador sólo se aprovechan bien si antes se ha vivido la etapa escolar y laboral bajo la atmósfera digital), con conocimientos financieros que les habiliten para sus propias decisiones y con los hábitos de consumo (ventas a plazos, nuevas formas de distribución on line etc.) que se adquieren antes de llegar a la tercera edad.

9. Peso de los mayores en la economía

Será un colectivo de poder creciente. Ya en EEUU representa el equivalente a la tercera mayor economía del mundo. Según un estudio se espera que en 2030 represente más del 50% del PIB de Japón y EEUU.

En una economía envejecida, representan una potencia en el consumo y previsiblemente llegarán a un grado de organización, hoy inexistente, para ejercer presión en la toma de decisiones sobre el conjunto de la economía

10. Efectos sobre el medio ambiente

Cabe esperar efectos medioambientales positivos de esta nueva economía, tanto por la disminución de la población en algunos países (menor consumo de agua, energía etc.) como por la disminución del consumismo asociada a unas prácticas menos compulsivas que tienen las personas mayores en la reposición de los productos de consumo duradero (coches, teléfonos móviles etc.), más acordes con el aprecio y familiaridad que les aportan los objetos incorporados ya a sus hábitos de vida.

La edad dorada de la llamada “edad dorada”

Ya fuera de los planteamientos estrictamente económicos, cabe adivinar un nuevo escenario de vivencias personales y emocionales para las personas que de forma eufemística se califican a veces “de la edad dorada”. Este nuevo escenario puede representar un nuevo paradigma de ser mayor, expresión afortunada que la Fundación ATYME utilizó para denominar a un ciclo de conferencias sobre el tema.

Según esto ser mayor no será haber llegado al límite de las fuerzas, depender de la benevolencia de la comunidad y ser considerado como pasivo y dependiente (enfermo, inútil social). Por el contrario las personas mayores, con un gran peso numérico en la sociedad y con la gran influencia económica que les otorga su gran peso en el consumo y en la titularidad de patrimonios importantes (tanto inmobiliarios como financieros) pasarán

a tener un protagonismo activo acorde con el normal uso de sus facultades cognitivas y operativas.

Tendrán más cultura, mejor salud, mayores conocimientos financieros y una gran experiencia en el uso de las nuevas tecnologías, todo lo cual les dota de mayores recursos personales para afrontar las nuevas situaciones problemáticas que se les presenten.

Tendrán inoculado el virus del aprendizaje continuo con lo que tendrán la mejor disposición tecnológica a mantenerse integrados en la sociedad y a permanecer fieles a la pasión por seguir aprendiendo e incluso a aportar grandes dosis de creatividad ya que ésta no desaparece con la edad. Lo que es más importante, disfrutarán de la época más feliz de su vida, como acreditan insistentemente las últimas investigaciones al respecto que desmontan el prejuicio de que el mayor grado de satisfacción con la vida y la felicidad se alcanza en las edades adultas, cuanto se está en la plenitud de las facultades físicas, y no en la vejez. Gozarán de una posición vital muy sólida cimentada en la experiencia, la serenidad y la estabilidad emocional que da una visión benévola de las vivencias pasadas.

Se tratará de alargar la frontera entre la edad adulta y la vejez limitante más allá de los límites convencionales de la edad.

“Mi secreto es estar ocupado. Nunca dejo entrar al viejo en casa”
CLINT EASTWOOD, 84 años (El País 3 sept 2014)

Ignacio Javier Iglesias González
Septiembre 2014

SER MAYOR EN LA SOCIEDAD ACTUAL

No descubre nada nuevo, decir que la mayor Esperanza de Vida por una parte, y el descenso de las tasas de natalidad por otra, están provocando el envejecimiento de la población en todos los llamados.....países desarrollados.

Este es un dato objetivo, pero la cuestión es la valoración que hace, del mismo, la sociedad en su conjunto, y sobre todo quienes tienen responsabilidades de gobierno en esos países, y es que



el envejecimiento del conjunto de la población se puede ver como un **problema** o como una

oportunidad. Y en esta distinta valoración influyen muchos factores, pero sobre todo: el concepto, la imagen y la utilidad social que se tenga de las Personas Mayores.

Y es que, si vemos a estas Personas como miembros pasivos de la sociedad, que no producen pero sí consumen, como demandantes compulsivos de los servicios de salud, o como una carga económica para los presupuestos del Estado, tendremos una imagen negativa de este colectivo de personas, y como consecuencia, también, una imagen negativa del envejecimiento. En definitiva, lo veremos como un **problema** que los gobiernos tienen la obligación de resolver, en “beneficio del bien común”.

Y esto es peligroso, ya que, desde un punto de vista puramente economicista, y ante la imposibilidad de aumentar las tasas de natalidad, alguien podría pensar que la solución pasa por frenar o reducir el incremento de la Esperanza de Vida, estableciendo algún tipo de discriminación por motivos de edad en los servicios de salud, recortando más las pensiones para que pierdan calidad de vida, y quien sabe si hasta pueden pensar en la eutanasia.

Como ninguna de estas soluciones serían aceptables en una sociedad moderna, democrática

y respetuosa con los Derechos Humanos, lo que se viene proponiendo desde 1982, en la I Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, es el crear las condiciones sociales, políticas y económicas necesarias, para que el envejecimiento del conjunto de la sociedad pueda ser una **oportunidad**, en lugar de ser un **problema**.

Por eso, en aquella primera Asamblea, y en la segunda que se celebró en Madrid en 2002, se establecieron líneas de actuación política y económica para hacer posible que la etapa del envejecimiento que viven las personas mayores, sea saludable para ellas, y al mismo tiempo rentable para el conjunto de la Sociedad en la que envejecen.

Y fue, precisamente, la Organización Mundial de la Salud (OMS) quien aportó a la II Asamblea, el documento “**envejecimiento activo un marco político**”, proponiendo un modelo, una forma de vivir y gestionar el envejecimiento, soportado en tres pilares básicos: **la salud la dignidad y la participación social** activa y solidaria de las personas mayores, y todo ello teniendo en cuenta los determinantes del envejecimiento en cada lugar y el respeto a los Principios de Naciones Unidas a favor de las personas mayores (1991)

Un modelo de Envejecimiento como el propuesto por la OMS, cambia totalmente los estereotipos negativos asociados a la vejez, y elimina, o cuando menos reduce, los conflictos que genera algo considerado como problema (en este caso las Personas Mayores) bien sea en el contexto familiar como en el ámbito social.

Es cierto que este modelo de Envejecimiento Activo necesita de un cambio profundo en el imaginario social que existe en la ciudadanía, y también en quienes tienen responsabilidades políticas sobre estas materias, en las distintas Instituciones Públicas, ya que, para promover el Envejecimiento Activo, es necesario complementar las políticas basa-



das, casi exclusivamente, en la prestación de servicios a las Personas Mayores para que estén distraídas y ocupen su “tiempo libre”(algunos mal pensados dicen que son para que “no molesten”, pero que “voten”), o para que descansen (tal vez como preparación para el “descanso eterno”), con otras políticas activas que permitan aprovechar, en beneficio del conjunto de la sociedad, el “capital social y cultural “ que poseen estas personas,.

Para hacernos una idea de lo que esto supone, en términos de “capital social y cultural”, sólo son necesarios dos datos: Primero, que en España el número de personas mayores de 65 años alcanza la cifra de 8,1 millones , y segundo: que el 90% de esas Personas disfrutan de autonomía personal suficiente, para desarrollar actividades sociales que hagan “socialmente rentable” esa etapa de su vida.

Aula Cultural de Hartu emanak

Y es que, afortunadamente, el número de personas mayores de 65 años con algún tipo de dependencia, sólo representa el 10% de este colectivo, lo cual, junto con los niveles de Esperanza de Vida que estamos alcanzando en España, es un logro social sin precedentes, que no se debe desaprovechar.

Por lo tanto, el colectivo de Personas Mayores no son un problema, sino que son una oportunidad. El secreto consiste en cómo aprovechar esa oportunidad, y las orientaciones para ello están, como ha quedado apuntado, en la propuesta de la OMS para un envejecimiento activo basado en los tres pilares: salud, dignidad y participación social.

Teniendo en cuenta la limitación de espacio que impone una publicación como esta, me centraré en el tercer pilar: la Participación Social, y dentro de esta, en un ámbito más concreto como es el de la transmisión, a las nuevas generaciones, del Conocimiento y la Experiencia acumulada a lo largo de los años por las Personas Mayores, mediante el diseño y desarrollo de Programas Intergeneracionales (P.I.).

En octubre de 2004, Kofi Annan, Secretario General de NN.UU., con motivo del Día In-

ternacional de las Personas Mayores, insistía en el importante rol que juegan los Adultos Mayores en sus familias, comunidades y sociedades. Lo hizo con las siguientes palabras: «La Segunda Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento (Madrid 2002) animó a los gobiernos a revisar las políticas (...) que promuevan la idea de apoyo mutuo y solidaridad entre generaciones como elementos clave del desarrollo social. Sólo de este modo es posible construir una verdadera sociedad intergeneracional»

Fueron diversas las causas que motivaron el que, en la II Asamblea Mundial del Envejecimiento, se tratase la necesidad de potenciar la Solidaridad y las Relaciones Intergeneracionales. Entre ellas se podrían citar las siguientes: debilitamiento del modelo de familia extensa; persistente segregación por edades en los procesos sociales en general; falta de contacto intergeneracional extrafamiliar; distanciamiento y falta de entendimiento entre las generaciones....

Experiencias en diseño, desarrollo y evaluación de Programas Intergeneracionales

Teniendo en cuenta esta situación, son muchas las Instituciones Públicas y Entidades Sociales que vienen promoviendo el diseño y desarrollo de P.I., como instrumento adecuado para la práctica de nuevas formas de solidaridad y un medio para el intercambio, intencionado y continuado, de recursos y aprendizaje entre las generaciones mayores y las más jóvenes, con el fin de conseguir beneficios individuales y sociales, y la prevención de los conflictos intergeneracionales.

Desde la experiencia de Hartu emanak, este es el caso de la Universidad del País Vasco, la Diputación Foral de Bizkaia, y los Ayuntamientos de Bilbao, Barakaldo y Portugalete, con quienes la Asociación Hartu emanak colabora desde hace más de diez años, en el diseño, seguimiento y evaluación de P.I.

En el caso de la Universidad del País Vasco y la Diputación Foral de Bizkaia, se diseñan y desarrollan Encuentros Intergeneracionales anuales,

entre miembros de Asociaciones de Personas Mayores y estudiantes de Magisterio - Educación Social, sobre temas como “Las Personas Mayores en la Intervención Socioeducativa, la Participación Social de las Mujeres Mayores, la Intervención de la Personas Mayores en los Centros de Enseñanza, etc.

Para el Ayuntamiento de Bilbao se ha diseñado un proyecto titulado intengren Bilbao, a través del cual se ofrece formación y colaboración, a las más de cincuenta Asociaciones de Personas Mayores con sede en la capital bizkaina, para el desarrollo de sus propios P.I..

Con el Ayuntamiento de Barakaldo se ha aprovechado que este municipio forma parte de la Red Internacional de Ciudades Educadoras, para diseñar y desarrollar un Proyecto titulado: “Barakaldo ayer, una mirada a la historia reciente de Barakaldo a través de los ojos de sus protagonistas”, en el que un grupo de personas mayores, enseñan en los Colegios e Institutos, dentro del temario de la Asignatura de Historia, la evolución social, económica y política del municipio, a lo largo del siglo XX., a partir de sus experiencia personales y profesionales.

Barakaldo ayer- Intervención en las Aulas

A este proyecto están adheridos doce Centros de Enseñanza, en los niveles de ESO y Bachiller. En este curso el Proyecto cumple diez años, a lo largo de los cuales se han dado más de cuatrocientas charlas en las aulas, participando en ellas más de ocho mil jóvenes. Este Proyecto ha sido objeto de una Tesis Doctoral, a través de la cual ha quedado demostrado el efecto positivo que tiene el testimonio de las Personas Mayores en la enseñanza de la historia reciente de su localidad.

La Actividad Intergeneracional para el Ayuntamiento de Portugalete gira en torno a un Programa Fílmico titulado: “Villa de Portugalete”, mediante el cual se visionan películas en Centros de Enseñanza y de Personas Mayores, por separado, y posteriormente se juntan para desarrollar debates y tertulias, en los cuales jóvenes y mayores intercambian opiniones, interpretaciones, etc. sobre el tema de las películas, sus personajes, las situa-

ciones que presentan, la forma de resolverlas, etc.

La experiencia que proporciona toda esta actividad Intergeneracional, permite a Hartu emanak afirmar, en primer lugar, que los P.I. son instrumentos y medios eficaces, para alcanzar los objetivos marcados por la II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento; mejoran, mutuamente, el imaginario social de jóvenes y mayores; reducen la conflictividad entre las distintas generaciones y en caso de aparecer el conflicto, facilitan su resolución. Y en segundo lugar, que proporcionan a las Personas Mayores, la posibilidad de que su envejecimiento sea “socialmente rentable”.

Estas afirmaciones vienen avaladas por encuestas realizadas a personas de distintas edades después de haber participado en los P.I.

En el caso de las Personas Mayores, de forma mayoritaria, manifiestan que mejora la solidaridad entre personas de distintas edades y su propia capacidad para relacionarse con otras personas; que aumenta su interés por ser una persona más activa en la sociedad en la que vive; aumenta su autoestima; e incluso que les ha hecho sentirse mejor, física y mentalmente.

De la misma forma, las personas más jóvenes manifiestan que ven con ojos más positivos a las personas mayores y que ha aumentado su interés por estar con ellas; perciben que han sido capaces de ayudar a otras personas, y que estas se sientan mejor. Y como está demostrado que los P.I. son beneficiosos para todos/as, los jóvenes también manifiestan, que después de participar en un P.I., se consideran más capaces de hacer cosas por sí mismos.

Por todo lo apuntado, ser mayor en la sociedad actual, supone recibir (hartu) los recursos necesarios para tener un “envejecimiento saludable”, y dar (emanak) nuestros conocimientos y experiencias, para que ese envejecimiento sea “rentable” para el conjunto de la Sociedad.

Ismael Arnaiz Markaida

(Responsable de Programas Intergeneracionales en la Asociación Hartu-emanak)

FORMACIÓN

La Fundación ATYME cuenta con un área de formación en colaboración con el Centro APSIDE, para especializar a profesionales en el campo de la mediación. La formación compagina teoría, práctica profesional y crecimiento personal de los alumnos.



- Especialista en mediación, 250 horas
- Curso de mediación para distintos profesionales, 50 horas
- Modelo de Competencia para mediadores, 40 horas
- Actualización de mediadores, 20 horas

FORMACIÓN PRÁCTICA Y VIVENCIAL

PUBLICACIONES

Una de las señas de identidad de la Fundación ATYME, a lo largo de toda su andadura, es su continuada labor divulgativa a través de sus múltiples publicaciones dedicadas al abordaje pacífico de los problemas e investigación en esta materia

